

Ceremonia de recepción de académicos de nuevo ingreso, 1991

Palabras de bienvenida, por el doctor Antonio Fraga Mouret, presidente de la Academia Nacional de Medicina

La Academia ha cumplido 128 años de actividad ininterrumpida. Se inició como la sexta sección, de la Comisión Científica, Literaria y Artística, el 30 de abril de 1864, con 22 miembros fundadores: 10 mexicanos, 10 franceses, 1 alemán y 1 italiano durante la presidencia del doctor Carlos Erhmann y la vicepresidencia del doctor Miguel Jiménez. Su misión era conocer el estado que guardaba la medicina nacional en aquella época.

En diciembre de 1865 se reorganiza gracias a la activa labor del doctor Jiménez, quien en su discurso habla del reglamento o estatuto y menciona que «se abre la puerta con franqueza bien calculada, para la admisión de nuevos y dignos colaboradores...»

En 1873 el reglamento de la Academia Nacional de Medicina establece, en su capítulo primero, artículo IV, que estará integrada «por 100 socios titulares e indefinido el número de correspondientes y honorarios»; marcando de esta manera la apertura nacional de la Academia para hacer, como expresó don Lauro María Jiménez «la transfusión de sangre abundante y rica que diera nuevo vigor a la corporación, que al hacer indefinido el número de socios corresponsales, para que diseminados en la extensión de nuestro vasto territorio nacional, nos enviarán noticias... y con el tiempo formar la geografía médica del país».

Durante su presidencia llevó a cabo dos acuerdos:

Los dos acuerdos hablan al corazón, y no son ajenos a los motivos que estimulan al trabajo; es natural que el hombre guste de verse honrado y mucho le alegra la esperanza de que su nombre no morirá en la memoria de los que ha visto como hermanos.

Un diploma es un tributo rendido al mérito y en una biografía no sólo se resalta el mérito personal, sino queda en ella consignado... el provecho que ha dejado a la posteridad.

Tal era la pujanza y el fervor científico de los primeros académicos, que al solicitar al gobierno su reconocimiento legal, el académico y diputado doctor Adrián Segura, el 26 de mayo de 1877, expresó lo siguiente:

La Academia Nacional de Medicina señor, es una de las sociedades que más honra dan a nuestro país [...] viene proponiendo toda clase de mejoras para la higiene [...] y tratando de mantener la ciencia médica al nivel que se encuentra en Europa [...] se ha sostenido durante estos 13 años con sacrificios inmensos debido a sus socios [...] la Academia de Medicina mantiene el estandarte de los conocimientos médicos de México.

De las 6 convocatorias publicadas ese mismo año para otros tantos certámenes, la segunda decía: «la Academia de Medicina dará un premio de 200 pesos al autor de la mejor tesis inaugural».

El 23 de junio de 1915 el doctor Nicolás León planteó la propuesta de que al ingresar a la Academia los socios presentaran ellos mismos sus datos bibliográficos, su retrato y la colección de sus escritos.

En 1919 el académico doctor Gregorio Mendizábal expresó la necesidad de que «los médicos mexicanos nos reunamos en un grupo fraternal de progreso y de defensa, especialmente ahora que el charlatanismo ha logrado avances al amparo de una libertad sin límites».

Por lo anteriormente relatado somos una institución con tradición, máximo cuerpo colegiado de la medicina mexicana y órgano consultivo del Gobierno Federal.

Aunque en su inicio la Academia fue un centro de reflexión e intercambio de ideas, su proyecto se amplió a través de sus acciones en salud pública, en investigación y en su preocupación por el bienestar social.

En la década de 1950 emergen de manera explosiva las distintas especialidades médicas, que fragmentan el conocimiento global de la medicina en los grandes problemas de salud del país. Este fue el mayor desiderátum que afrontó a través de su larga historia, sin embargo, gracias a la actividad de sus miembros logro emerger como organismo integrador de la medicina; quizá durante este tiempo hubo desfallecimiento. En algunos, sin embargo, el empeño y la visión de otros le permitieron adaptarse a la nueva circunstancia.

Los dos acuerdos del doctor Jiménez que hablan al corazón ahora son vigentes: el diploma que el día de hoy otorgamos a los nuevos académicos, es un tributo a su esfuerzo docente, de investigación y de atención al paciente. No es una meta, es el principio de una participación dentro de una institución que por más de un siglo ha mantenido la más alta calidad de los conocimientos médicos en México y que busca, como dije en mi discurso inaugural, la integración del conocimiento al avance científico del Primer Mundo, manteniendo el espíritu esencial de médico, que es el amor, la entrega solidaria a sus semejantes y el respeto a sus pacientes.

Nuestros antecesores, fueron hombres de gran visión, y baste sólo escuchar la biografía de un académico fallecido, para apreciar el provecho que su trabajo dejó a la posteridad. Desde 1877 la Academia de Medicina otorgó por primera vez un premio a la mejor tesis inaugural, y actualmente gracias a la aportación desinteresada del señor académico ya fallecido, doctor Everardo Landa, se creó el fideicomiso que premia al mejor trabajo de ingreso.

La sugerencia del doctor Nicolás León se ve instrumentada en la solicitud de ingreso que rige nuestra

corporación, a ella se ha integrado un reglamento de admisión que valora el perfil del académico, considerando un adecuado balance entre la docencia, la investigación y el acto médico.

Lo expresado por el doctor Mendizábal ha sido plasmado en que la Academia certifica la idoneidad de los consejos, que constituye la autoevaluación médica de las distintas especialidades en defensa no sólo contra el charlatanismo, sino además sirve para la protección de los pacientes.

México ha cambiado mucho, y seguirá evolucionando para adquirir su papel en el concierto internacional expresando su deseo de superación a través de la justicia, el bienestar, la salud y la libertad.

Somos parte de ese México, y por lo tanto nuestra Academia se ha esforzado -con la ayuda incondicional de cada uno de sus socios-, por retomar el liderazgo, renovándose en lo administrativo y en lo docente; promoviendo la investigación, desarrollando sus relaciones internacionales y rehaciendo su proyecto nacional y social por medio de conyenos (CONACyT, Comisión Nacional de Derechos Humanos) para asegurar su plena vigencia ante los cambios vertiginosos que actualmente presenciamos.

Señores académicos de nuevo ingreso, les expresamos nuestra más cordial bienvenida a esta Academia, y los exhortó a que su incorporación a ella marque el inicio de su participación activa para el engrandecimiento de la misma y de la medicina mexicana. Y les recuerdo que las grandes instituciones las forman los hombres que trabajan en ellas y que entregan lo mejor de sí mismos a una noble causa, que en nuestro caso representa la ciencia, el bienestar y la salud de nuestros compatriotas.



Palabras del doctor Héctor Guiscafré Gallardo, en representación de los académicos de nuevo ingreso

En este día, miércoles 26 de junio de 1991, nueve médicos más hemos sido aceptados como miembros numerarios de la Academia Nacional de Medicina. Tengo el honor, en nombre de mis compañeros académicos de nuevo ingreso de la generación 1991, de agradecer tan alta distinción. Es para nosotros un privilegio el formar parte de la corporación médica de mayor importancia en el país.

La Academia Nacional de Medicina ha considerado que nuestra trayectoria como médicos, como docentes y como investigadores, ha sido relevante; nos lo hace saber y nos presenta ante los demás académicos en esta ceremonia tan llena de tradición. Yo quisiera hacer notar que este reconocimiento no ha dependido únicamente del esfuerzo individual sino, quizás en la mayoría de nosotros, del empeño y la dedicación de mucha gente: la familia, los maestros de los primeros años, las escuelas de medicina; todos ellos y mucha gente más. Pero sobre todo considero que la razón principal de nuestro ingreso a la Academia han sido nuestros grupos de trabajo. En la medicina actual es muy difícil, aportar algo sin el apoyo de grupos de trabajo conformados por individuos con valores humanos, con responsabilidad, honestidad, valores éticos y, sobre todo, deseos auténticos de resolver los problemas de la salud, aún por encima de los intereses personales.

Estoy seguro de que la mayoría de nosotros, tal vez todos, hemos podido aportar algo útil o con posibilidades de llegar a serlo, porque hemos encontrado en esos grupos de trabajo el ambiente apropiado, el consejo discreto, el modelo a seguir, la crítica comprensiva, el aguijón de la competencia, el estímulo y, ¿por qué no?, el reproche del amigo. Es por ello que quisiera agradecer a los maestros de estos grupos de trabajo, a nuestros compañeros y a nuestros alumnos, por permitirnos *superarnos ayudando a superarse a otros*. Es por todo ello que quisiera insistir en la necesidad de unir esfuerzos y trabajar en conjunto.

No es coincidencia que la mayoría de los maestros y compañeros de nuestros grupos de trabajo formen

parte de la Academia. Así es como yo considero a un verdadero académico: *formando académicos a través de su labor diaria*.

Antes de nuestro ingreso, pensábamos sobre los derroteros que debía tomar la Academia. A partir de ahora, sabemos que además del honor que ha significado nuestra aceptación, tenemos la gran responsabilidad de participar en las decisiones y en su realización. Que al formar parte de ella, ahora tenemos con ella múltiples retos que afrontar. Algunos de los que me parecen más importantes son:

- ¿Cómo preparar mejores médicos en las facultades de medicina para que los estudios de pregrado, no sean sólo un requisito para la especialidad?
- ¿Cómo lograr que los médicos generales deseen ir a las áreas rurales donde son más necesarios?
- ¿Cómo participar con las escuelas de medicina en el diseño curricular que permita formar médicos generales acordes con las necesidades de salud de la población?
- ¿Cómo evaluar la calidad de los especialistas en colaboración con los consejos de certificación?
- ¿Cómo la Academia puede apoyar a la población para su defensa contra la práctica deshonestas de la medicina?
- ¿Cómo la Academia puede convertirse en un foro de análisis crítico de la investigación en salud?

Señores académicos, ustedes han vivido el reto. Queremos participar del mismo. Tal vez sea esto lo que hoy más nos emociona y apasiona, así como nos ha apasionado un paciente al que no podemos curar, un problema epidemiológico de difícil solución, una práctica médica de calidad, un alumno o un grupo de alumnos que tenemos que formar, una línea de investigación en la que queremos avanzar. Nos emociona el poder compartir con ustedes, nuestros maestros y compañeros, la lucha por ofrecer salud, la mejor salud posible, a todos nuestros semejantes.

A la memoria de académicos fallecidos:

RAFAEL MENDEZ (1906-1991)

IGNACIO CHAVEZ-RIVERA*

Esta noche rendimos homenaje póstumo al maestro Rafael Méndez. El Instituto Nacional de Cardiología de México, al que honrosamente hoy represento, no podía estar ausente en este acto al recordar con reverencia a una de sus personalidades más ilustres.

Sin el tiempo, ni la necesidad, de entrar en el detalle minucioso de su obra científica, debo sí, al menos, esbozar facetas de esa vida a la que hoy recordamos con respeto.

Nacido en Lorca, España, en 1906, se doctora en medicina en la Universidad de Madrid en 1928. Hay en las páginas de su *curriculum vitae* signos indicadores que señalan al estudiante distinguido desde sus arranques. Realiza a continuación estudios de posgrado, ya con clara tendencia a la investigación, en Edimburgo, Escocia, y luego en Berlín, para con ello, a los dos años de graduado y a los 24 de edad, ingresar como profesor auxiliar de la Facultad de Medicina de Madrid. De este tiempo data ya un artículo publicado en una revista internacional referente al antagonismo de la adrenalina por ergotamina, lúcido precursor del gran avance terapéutico actual de posibilidad de ocupación y de bloqueo de los receptores adrenérgicos, así como lo es otro que delimita las relaciones de independencia de los fenómenos eléctrico y mecánico del corazón, mismo que deja huella. En 1932 realiza estudios de investigación científica en Londres. En 1935 pasa a Sevilla como profesor de la cátedra de farmacología,

aunque regresa pronto a Madrid para ocupar la jefatura de la sección farmacológica del Instituto Nacional de Farmacología, controlador oficial de los medicamentos del Estado español.

En su planeada y activa vida científica aparece, sin embargo, el nubarrón que pronto explota en tormenta, de ese trágico e impresionante episodio de todos los tiempos que fue la Guerra Civil Española, misma que lo arrastra por convicción al lado de la segunda República, con el valor que brinda, aparte, la vehemencia, y en la que participa activamente hasta el desplome total de esa gran causa, a fines de marzo de 1939. Este episodio trágico, tan lesivo para su carrera científica, ennoblecen en cambio su vida personal.

Cargando el problema emocional de trasterrado ideológico, llega a Boston, en los Estados Unidos de Norteamérica, donde debe abrirse camino en ese medio tan competitivo y elevadamente científico. De su potencialidad intelectual habla el hecho de haber sido pronto incorporado como investigador asociado a la Facultad de Medicina de Harvard, en donde permanecerá cuatro años, hasta 1943, y en donde participa activamente en la enseñanza y publica artículos de investigación hasta donde la Segunda Guerra Mundial lo permite.

En 1943 es llamado por la Universidad de Loyola, en Chicago, con el nombramiento de Profesor Asociado y en donde sólo un año y medio después es ascendido al puesto de Jefe del Servicio de Farmacología de dicha universidad. En el curso de esos años de trabajo y estudio, modifica la técnica del preparado cardiopulmonar de Starling, conocida hoy como el método de Krayer y Méndez.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 4 de julio de 1991.

* Académico titular.

Director. Instituto de Cardiología «Ignacio Chávez».

A mediados de 1946 termina esta segunda etapa de la vida científica del doctor Méndez cuando el trasterado cambia a un nuevo país, al ser llamado para ocupar el puesto de Jefe del Servicio de Farmacología del recién creado, en 1944, Instituto Nacional de Cardiología de México, por Ignacio Chávez. Llega en esa época de oro de nuestro joven y pujante instituto, cuando acaba de finalizar la Segunda Guerra Mundial y cuando en paradójica madurez juvenil, la institución está cuajada de figuras maestras en la clínica cardiológica y en la mística de trabajo, en fisiología, anatomopatología, electro y vectocardiografía, hemodinámica, fisiología pulmonar, la pionera y pronto universal angiocardiógrafa, y que es, al mismo tiempo, centro de aglutinación y radiación en nuestro país, de la reumatología, nefrología, inmunología, otorrinolaringología y oftalmología. Pronto se agregará a ese conjunto magnífico la naciente cirugía cardíaca.

A partir de allí arranca la tercera etapa de la labor científica de investigación farmacológica de don Rafael Méndez, permanentemente continuada hasta pocos años antes de su muerte, en que nos acompañó lúcido de mente, espigado en lo físico y activo en el trabajo. Fueron así 45 sus años de labor depurada y permanente en México, con proyección y repercusión científica internacional. Durante esas décadas su labor de investigador, y además de educador fue trascendente. Durante su estancia en México publicó 107 trabajos, de los cuales 40 aparecieron en las más importantes revistas extranjeras de farmacología en el mundo. Apenas en 1978 las citas de sus trabajos en revistas internacionales rebasaban la cifra de mil quinientas, en el llamado *Citation Index*.

Sus líneas de investigación fundamentales fueron tres: la de los compuestos digitálicos, la de los fármacos antiarrítmicos y la de los receptores adrenérgicos en la circulación coronaria. En el campo de los primeros fue profuso su estudio de la acción fisiológica de la digital en nivel de los diversos tejidos cardíacos, realizado a veces con montaje de técnicas originales y propias. Esta serie ha sido citada con amplitud en revistas y libros de texto de varios países, citas internacionales que promedian el número de 50 por año. De este capítulo, un observador nacional escribió hace ya años que «probablemente constituyen los trabajos científicos realizados en México por cualquier investigador biomédico, que han tenido mayor repercusión en la literatura médica internacional». Yo aquí agregaría, en justicia, también, a los de la escuela electrocardiográfica mexicana de Sodi Pallares y Cabrera, del mismo Instituto

Nacional de Cardiología y cabría en el México de los años noventa profundizar en la aseveración.

El capítulo de los fármacos antiarrítmicos fue también enriquecido por sus investigaciones, algunas realizadas con la ayuda de su propio método experimental llamado «de la doble arritmia». En el nivel de la circulación coronaria estudió los receptores beta en ellos contenidos, el antagonismo del propranolol con las catecolaminas, así como los circuitos especiales de conducción o internodales.

Es de admirar, además, que la labor fuese actual, en tanto investigador activo y en tanto Subdirector General de Investigación en el Instituto Nacional de Cardiología. Paralela a esta labor de investigación estuvo la de jefe de grupo y formador de escuela. Son varios y especialmente valiosos los nombres de sus alumnos, ahora profesores destacados en la investigación en universidades y centros de estudios avanzados, situados en el país o bien establecidos en los Estados Unidos.

Esta, su labor científica, le fue ampliamente reconocida. Baste señalar que en 1964, en el solemne centenario de la Academia Nacional de Medicina recibió el Premio Carnot, y que en 1978, en la sesión solemne de clausura del año académico se le encomendó la «Conferencia Miguel Jiménez». Como culminación en 1978, recibió de manos del C. Presidente de la República el Premio Nacional de Ciencias, que tan selectamente otorga el Gobierno Mexicano.

En 1985 tuve el privilegio de recibirlo como Miembro Honorario en nombre de la Academia Nacional de Medicina. De mis palabras de bienvenida tomaré para las de este día el párrafo inicial y el final. Retratan frescas ahora, como entonces, una faceta fundamental de su personalidad humana. Le dije en aquella ocasión:

Don Rafael Méndez, miembro de esta ilustre y centenaria Academia Nacional de Medicina de México desde abril de 1950, ingresa hoy, oficialmente como Miembro Honorario de la misma. Es este un honor que nuestra Academia sólo reserva para el grupo circunscrito de los especialmente selectos. Bastaría con revisar los nombres de sus predecesores, circunscribiéndose al de los Honorarios Mexicanos, para constatar que un nombramiento tal es, en nuestro país, de la más alta distinción para una vida académica que labora alrededor del área biomédica. Su otorgamiento exige una labor científica de excelencia, permanentemente presente y reconocidamente fecunda, carente de retrocesos o desvíos, aparte de una personalidad humana no vulnerable. Un científico superior, para ganar el respeto cabal, debe poseer, más allá de su aparente riqueza en ciencia, las características de personalidad que le aporten la cultura, el humanismo e importantemente, una sólida integridad moral. Al ser este el caso Rafael Méndez Martínez entra al sitio por la puerta única que es la puerta grande.

Ya para finalizar aquel acto agregué:

Español por la raíz, por el temperamento y por la sangre, y mexicano por naturalización desde 1949, Rafael Méndez ha sabido honrar a sus dos patrias, quienes lo ven como propio. Dejó allá viejos y honrosos recuerdos, siempre renovados. Cuenta aquí con siempre renovados alumnos y amigos afectuosos.

A España supo desde muy joven honrarla con amor, con talento y con la vehemencia de su acción. Muy cercano por la vía de la ciencia y de las ideas con su profesor don Juan Negrín, tuvo el privilegio de participar con él a través de una inesperada carrera ideológico-política durante la Guerra Civil Española, al ser nombrado en 1937 por aquél, quien era entonces Jefe de Gobierno, como Subsecretario de Gobernación. Participó así en el gabinete del último Primer Ministro de la República Española, don Juan Negrín, bajo la presidencia de don Manuel Azaña.

En el apasionante libro de Julián Zugazagoitia, aquel periodista bilbaíno del grupo de don Indalecio Prieto y quien fue el penúltimo Ministro de Gobernación del febril gobierno de Negrín, de 1937 a 1939, se ve frecuentemente aparecer, junto con la figura juvenil de don Rafael Méndez, el relato de aquellos días trágicos, los de un Gobierno Republicano en fiera retirada, que refugiado en Barcelona va perdiendo terreno para finalmente irse aglomerando en rabia, tumulto y angustia contra los Pirineos y contra el mar en febrero de 1939. Entre el grupo de los muy cercanos a ese Gobierno de la legalidad, de Azaña, y de Negrín, Gobierno en agonía, que sigue los caminos de Figueras y remata en las últimas casas españolas de Perthus, de la Jonquera, en las estribaciones

fronterizas francesas del Pirineo, Rafael Méndez abandona físicamente España a los 32 años de edad, sin poder reingresar a ella días después, como lo hace valerosamente Negrín, quien vuelve a Madrid, dado el hecho de haber recibido una comisión. Finalizada esa guerra el 10 de abril de 1939, después del dramático tumulto estéril de Alicante, se cierra ese episodio juvenil en la vida de Rafael Méndez. A partir de ahí, su vida toma el camino más tranquilo de la investigación científica, tamizado con la serenidad, la sobriedad en el vivir y el decoro en el trabajo, seguido en línea ininterrumpida de décadas y a la que hoy venimos a rendir homenaje».

Un privilegio inesperado de esta vida me hace ser yo quien ahora le entregue el diploma correspondiente. En casos como el de Rafael Méndez, hoy Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina de México, se entrecruzan como desde hace siglos, los caminos de España y México en el acto de conquistar y en el de ser conquistados, recíprocamente. De ese entrecruzamiento de España y México, el 13 de agosto de 1521, día de la caída de nuestra gran Tenochtitlán, me parece frase elegante y serena la que esculpida en piedra aparece en la «Plaza de las tres culturas» del gran centro ceremonial indígena de Tlaltelolco, reconstruido por el Gobierno de la República Mexicana y que dice:

«No fue triunfo ni derrota, sino el venturoso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy».

Seis años después acabamos de verlo partir de esta vida con la serenidad del hombre sabio y del hombre bueno. El Instituto se inclina reverente ante su figura pionera e ilustre.

